

## DE NUEVO SOBRE EL ORIGEN DE LA ADVOCACION DE LA VIRGEN BLANCA

¿EN NAVARRA, O EN BURGOS?

El estudio que publiqué en el tomo XII, correspondiente al curso de 1945-46, de este BOLETÍN de nuestro Seminario de Arte y Arqueología, y que volví a editar con algunas adiciones y corrección de erratas, ante las peticiones que de aquél tenía, en 1947 (1), ha sido aludido con palabras excesivamente elogiosas, pero discutido en alguna de sus partes, por D. Manuel Montoro Fijóo, en un erudito trabajo acerca de Santa María la Blanca en Santiago de Compostela (2). Agradecido por todo ello y por el amable envío de una tirada aparte, he de contestar a sus objeciones, y especialmente a las que se refieren al origen de la advocación, que el Sr. Montoto cree en Burgos; con lo que me ha sugerido nuevos puntos de vista acerca de dicho culto en la ciudad castellana, sin que por ello me juzgue en el caso, según se verá, de rectificar el papel preponderante que yo, objetivamente y aduciendo numerosos datos, había atribuido a Navarra en tal devoción.

En la Conclusión de mi estudio mencionado, igual en su edición del BOLETÍN que en la posterior, haciéndome cargo de la dificultad de establecer de modo científico las cuestiones de orígenes, sentaba sobre tal punto únicamente la afirmación de que «La advocación de la Virgen Blanca... es indudablemente una advocación

---

(1) *El origen de la advocación y las imágenes de la Virgen Blanca*, por Angel de Apraiz. Valladolid, 1947.

(2) *El culto y la capilla de Santa María la Blanca en la S. I. Catedral de Santiago de Compostela*. (Notas para una monografía), por Manuel Montoto Fijóo. (Cuadernos de Estudios Gallegos. Fascículo VII, Año 1947). Madrid, C. Bermejo Impresor, 1947.

popular cuyos datos más antiguos y foco principal los encuentro en Navarra en el siglo XII». Me refería también en el cuerpo del trabajo al culto de la Blanca en Burgos, comenzando por decir: «tanto los caminos más frecuentados de peregrinación, como la influencia personal de las Blancas de Castilla, dan la razón de existencia en Burgos, bajo el castillo y precisamente en la falda Suroeste del cerro de San Miguel» (entre cuyo culto y el de la Blanca señalaba concomitancias) «de la iglesia llamada de Santa María de la Blanca, que se dice aparecida a la infanta doña Blanca, hija del Conde Diego Porcelos, en el mismo ambiente nebuloso de época a que antes nos hemos referido». Aludiendo en esta última frase a mi referencia anterior de otra «Urraca o Blanca (preferentemente citada con el primer nombre) hija del Conde de Gascuña y esposa de García Iñiguez de Navarra y Sobrarbe en la segunda mitad del siglo IX, dato inseguro como los de esta época». Y a continuación de haber mencionado a la Blanca de Burgos, transcribía yo también dos textos del siglo XVI que atestiguaban la devoción a ella y la atención que merecía a los que venían de Santiago.

El Sr. Montoto, partiendo de que la Blanca de Burgos es una de las imágenes escondidas por los visigodos y después *aparecidas* durante la reconquista, me hace notar que «el ambiente nebuloso de la época indicada no ha impedido que el P. Flórez y todos los escritores que se citan» en una *Monografía sobre la imagen y templo de Nuestra Señora la Blanca de la Ciudad de Burgos* por D. Domingo Hergueta Martín, C. de la Real Academia de la Historia (1), «hayan reconocido la verdad histórica de la aparición de Burgos, sin la supuesta influencia de los caminos ni de las Blancas de Castilla».

He podido proporcionarme la *Monografía* del Sr. Hergueta, difícil hoy de encontrar, gracias a la amabilidad del también erudito burgalés D. Ismael García Rámila, y al cerciorarme de que el Sr. Hergueta realiza una labor tan concienzuda como ha sido la de otros investigadores de Burgos a quienes el amor a su pueblo natal no ha llevado a desfigurar los hechos ni a tergiversar las noticias (por lo que utilizaré muchas de tal *Monografía* en el presente trabajo), veo también que lo que «se dice» de la aparición de la imagen a doña Blanca, hija del Conde Porcelos, lo califica justamente el señor Hergueta de «veneranda tradición». Y después declara: «Además no he podido encontrar instrumento alguno que vaya más allá

(1) Premiada en el Certamen celebrado en honor de Santa María la Mayor de la Catedral de Burgos, por la Academia Bibliográfico-Mariano de Lérida, en el año 1921. Lérida. Imprenta Mariana. 1922.

de principios del siglo XV y por eso se presentan entre nieblas el culto que a esta Santa Imagen se tenía, la creación de la parroquia de Nuestra Señora la Blanca, su unión a la de San Andrés, el origen de esta Iglesia, etc.». Con lo que, sin que me hubiera sido posible conocer hasta ahora el texto del Sr. Hergueta, me satisface la coincidencia de su expresión de que tal asunto se presenta «entre nieblas», con la mía de llamar «ambiente nebuloso» al de la época del Conde Porcelos, para la que se fija el año 884.

El P. Flórez, en el tomo XXVII de la España Sagrada a que se refieren el Sr. Hergueta y el Sr. Montoto (1), se muestra partidario de la mucha antigüedad de la Parroquia de la Blanca de Burgos, no descartando la posibilidad de que fuese la que se menciona en Bula de 1163 con el nombre «*S. Mariae de Rocabota*», dado que la Blanca estaba en lo más alto de la población. Después de esto, dice: «Júntase la común persuasión de que el titularse *de la Blanca* provino de haberse aparecido allí la Virgen a la hija del Conde D. Diego Porcelos el poblador, llamada doña Blanca...» El argumento de existir allí epitafios anteriores al año mil, que pone el Sr. Montoto como el primero de los «fundamentos escritos» «de la aparición de Burgos», se reduce al párrafo que sigue en el P. Flórez y que empieza: «El MS. del siglo pasado», con lo que se refiere acaso al de D. Francisco Antonio Alonso Pesquera con el título *Breve compendio de la Historia eclesiástica de la Ciudad de Burgos... hasta este año de 1697*, en el que se encuentra la frase de que la Parroquia de Nuestra Señora la Blanca «es antiquísima como se ve por letreros que hay en ella de más de setecientos años», todo esto según lo transcribe el Sr. Hergueta (2). Y el P. Flórez continúa y termina aquel párrafo consignando que dicho manuscrito «dice hay aquí epitafios de *más de seiscientos años*; esto es, de antes del año *mil*; y en esta suposición es grande su antigüedad, superior a las demás Iglesias».

Como se ve, lo que reconoce el P. Flórez «en esta suposición», es la antigüedad de la iglesia y no «la verdad histórica de la aparición de Burgos», de la que sólo afirma «la general persuasión». Y yo, que profeso un profundo respeto por todas las tradiciones, en cuyo fondo puede hallarse una verdad; que no niego la posibilidad de esa aparición de la Virgen; y que creo, como el P. Flórez y el Sr. Hergueta,

(1) Me sirvo de la edición segunda. Madrid, MDCCCXXIX.

(2) Sin embargo, no aparece dicha frase en la parte que conozco de la publicación que está haciendo del manuscrito de Alonso Pesquera el *Boletín de la Estadística Municipal de Burgos* que me ha proporcionado también el Sr. García Rámila, aunque en esa publicación se consignan otras de las opiniones tradicionales a que en nuestro trabajo nos referimos.

que esa iglesia sería de las más antiguas de Burgos; no veo que nada de esto contradiga mi afirmación, fundada solamente en datos históricos, de que es en Navarra donde encuentro en el siglo XII los más antiguos de esos datos y el foco principal de la advocación de la Virgen Blanca. Pues en Navarra también mencionaba yo la Virgen de Ujué, que se dice aparecida en la segunda mitad del siglo VIII, o sea un siglo antes que la de Burgos; pero daba a esa advocación solamente su valor, que para mi asunto consistía en la asociación estética o sinestesia del nombre de Ujué, que se interpreta en vasco actual con la significación de Paloma y que se justifica con la que pendía ante la imagen, y la idea de blancura, a la que creo se debe la advocación de las Virgenes Blancas, con las que la de Ujué se relaciona e identifica; aunque sin que ese nombre de Blanca nos conste de ninguna hasta el siglo XII.

Sería muy interesante para mí el que se hallaran datos históricos en Navarra o en Burgos que probasen tal advocación en época anterior. Ya he mencionado en la onomástica personal como dudoso el nombre de una Urraca o Blanca esposa de García Iñiguez de Navarra en la segunda mitad del siglo IX; igualmente dudoso me parece en la misma época el nombre de la doña Blanca hija del Conde de Porcelos, aún en el caso de que existiese ya para entonces la palabra *blanca* en castellano: por lo que también nombres latinos comprobados en tal época de Alba o Albea o Albina, pudieran ser aprovechables en nuestra investigación.

A esta doña Blanca hija del Conde Porcelos no le concede otra mención que la que arriba transcribo el P. Flórez, quien tampoco la cita en su *Clave Historial* (1), donde dice que «La hija de Porcelos, llamada *Sulla Bella*, casó con un Caballero, que se dice vino en romería a *Santiago*, llamado Nuño Belchides». El Sr. Hergueta, después de reproducir la afirmación de los cronistas de que la Virgen Blanca tomó el nombre de la hija del Conde Porcelos a quien se apareció, entiende «que esto, además de ser una irreverencia, es cosa desusada en España», donde las Virgenes toman su nombre del lugar donde son descubiertas o de otra circunstancia; por lo que añade que «en los documentos más antiguos» (pero que ya sabemos no son anteriores al siglo XV «más que en el nombre propio de personas, que sería de la Blanca o de doña Blanca» (yo también he consignado como primeros documentos que conozco en que la *Virgen Blanca* de Vitoria empieza a ser llamada a veces *de la Blanca*, algunos del siglo XVII), «se fijan en el color y la llaman *Santae Mariae Alba* o *Santa María*

(1) Edición XII. Madrid, MDCCLXXXVI, págs. 171 y 172.

la Blanca, como la llaman en muchas fundaciones». Y el propio señor Montoto no debe de creer mucho en el nombre de esa doña Blanca hija del Conde Porcelos (del mismo modo que tampoco creo yo), cuando para refutar mi frase de que «el segundo motivo del culto de la Blanca en Burgos pudiera verse en «la influencia personal de las Blancas de Castilla» (yo no decía *reinas*), alega que «las primeras reinas de este nombre nacieron muchos años después de aparecida la Blanca»; por lo que tiene por cierto «todo lo contrario del indicado supuesto» mío; o sea, que las Blancas de Castilla se llamaron así por influencia de la Virgen Blanca de Burgos (aunque yo tengo mencionado y él aduce también el nombre de doña Blanca, hija de García Ramírez de Navarra, que casó hacia 1150 con el que fué Sancho III de Castilla) y claro está que si la Virgen se apareció a una doña Blanca, esta doña Blanca sería anterior a esa aparición.

Si tratamos de utilizar datos que tengan un mayor fundamento, los referiremos a la antigua existencia en Burgos del templo en que encontramos asentado el culto a la Blanca. El Sr. Hergueta cita a un cronista que partiendo del hecho de la aparición se refiere en la época de la misma a una «hermita pequeña y mal reparada», lo que se conciliaría con no ser el templo de que nos han quedado restos anterior al siglo X, al que pudiera efectivamente pertenecer la parroquia «con la planta cuadrada de los ábsides de sus tres naves que nos denuncia el plano que de ella levantaron los franceses en la guerra de la Independencia» como dice el Sr. Hergueta, y cuya arquitectura pudiera ser según tales datos mozárabe o pre-románica; e igualmente caracterizaría tales época y estilo el que el arco de su ingreso fuese de herradura, como me ha parecido, aunque no con suficiente claridad, en su reproducción en un grabado publicado por D. Ismael García Rámila (1), quien dice es una agua-fuerte «sin duda hecha en los primeros tiempos de la invasión francesa»; sin que en el grabado que con este artículo reproducimos del libro *Civitates Orbis Terrarum* pueda tampoco resolverse si el arco es de herradura o de medio punto. El Sr. Hergueta refiriéndose a este último grabado dice que según su figura «algo desdibujada» de dicho templo, el estilo de éste pertenece al «románico, del periodo medio»; pero si esa fuese la época de su construcción como parece también denotar el avance de su portada,

(1) Artículo *Del Burgos de antaño. Casas del Cid* en el «Boletín de la Comisión... de Monumentos... de Burgos», año XVII, núm. 64, tercer trimestre de 1938, en cuya primera hoja se reproduce ese grabado con el rótulo «Casa del Cid en Burgos... (Agua fuerte que posee D. Eloy García de Quevedo)». También debo al Sr. García Rámila haberme proporcionado estudiar la lámina novena de la obra *Memorias históricas de Burgos y su provincia*, por D. Isidro Gil, que interpreta también una vista del Castillo y de la iglesia de la Blanca, pero sin que nos dé más luz para la interpretación arqueológica de los restos de ésta.

no sería aquélla la de «últimos del siglo X» según indica el Sr. Hergueta, sino de un par de siglos más tarde. Y a ese siglo XII corresponde, según el P. Flórez, la Bula que publica en el tomo VI y comenta en el VII de la *España Sagrada*, en la que el Papa Alejandro III en 1163 menciona once iglesias de Burgos y entre ellas únicamente dedicada a la Virgen y con el núm. 9 la de «S. Mariae de Roccaboia». El P. Flórez se inclina a creer, por varios motivos, que ésta fuese la de la Blanca y nosotros dispuestos a reconocer la antigüedad del culto mariano en Burgos y aun en esa misma iglesia, lo que no encontramos es la justificación de que llamase *de la Blanca* ya en ese siglo XII, durante el cual y no antes he podido ver hasta ahora los principios de dicha advocación.

Lo que sí encontramos en los razonamientos del Sr. Hergueta es la tendencia a fundar esa denominación de la Blanca en el color. Ya hemos indicado cómo dice que la llaman *Santae Mariae Alba* o Santa María la Blanca en muchas fundaciones, pero posteriores todas al principio del siglo XV según también aquél ha declarado, por lo que ese nombre latino debe ser traducción del castellano. Igualmente aduce el Sr. Hergueta que para tal denominación parece influyó el color blanco de la cueva en que la Virgen, según la tradición, se dió a conocer, pues el «fundamento del cerro del Castillo, como del de San Miguel, son rocas calizas que a veces salen a la superficie, como todavía se puede observar precisamente debajo de los cimientos de la Blanca», ya que la cueva desapareció al fortificarse y arruinarse la iglesia en la Guerra de la Independencia. Cueva de la que el Sr. Hergueta dice que puede justificar el título de Santa María de Rocabola, por cuadrar a la iglesia de la Blanca el calificativo (por el latín *boius-a-um* = aprisionado) de aprisionada en la roca. El Sr. Hergueta nota que el Castillo se llamó primero de *Flores* y después *de la Blanca*. Reproduce también el Sr. Hergueta unos conceptuosos versos del siglo XVIII en que claramente se dice que Santa María la Blanca se llamó Virgen de Rocalba. Y con esta tendencia a las sensaciones de blancura me parece mucho más fácil y clara mi explicación, fundada en tantos datos, de que la advocación popular de la Virgen Blanca se basa en la blancura o policromía de las mismas imágenes y en especial de su rostro. Sin que en el trabajo del Sr. Hergueta, ni en el del Sr. Montoto tan concienzudo también en lo que se refiere al culto de Santa María la Blanca en Santiago, se relacione éste para nada en sus orígenes con el de las Nieves, independencia que creo también haber demostrado contra una tendencia vitoriana que me parece moderna. En Burgos no menos, pero solamente a fines del siglo XV, un Beneficiado de la Catedral y Capellán de los Reyes Católicos, edificó en el claustro de la iglesia de la Blanca una capilla de Nuestra

Señora de las Nieves; sin embargo, de lo cual a la Virgen Blanca no se la celebraba el 5 de agosto festividad de aquélla, sino alternativamente el 25 de marzo, el 8 de setiembre, o el 3 de noviembre en que se coloca su aparición; aunque para consignar cuantos datos hallamos relativos a las Nieves diremos también que en una dotación de doce misas anuales hecha en la Blanca en 1632 aquéllas habían de celebrarse en doce fiestas de Nuestra Señora, entre ellas la del día de las Nieves. lo cual como se ve nada significa. Y en Santiago no encontramos la menor referencia a las Nieves, aunque el Sr. Montoto piensa, como yo, que los precursores de la devoción a la Blanca debieron de ser allí los peregrinos, hasta que en el siglo XIV se hizo la fundación de su capilla en la Catedral, y a los peregrinos atribuyo yo también en gran parte la propagación del culto de la Virgen de las Nieves, pero creyéndolo más tardío que el de la Blanca, en España.

Respecto a los caminos de las peregrinaciones, el Sr. Montoto me objeta que D. Francisco Navarro Villoslada, en un apéndice a su obra *Doña Blanca de Castilla*, dice que los peregrinos «al principio iban por Vizcaya y Asturias, huyendo de las tierras llanas infestadas de sarracenos; después por Navarra y Asturias y últimamente, expelidos los sarracenos, hacia el año 993, venían ya los peregrinos por Navarra y Burgos»; de donde deduce el Sr. Montoto, dando por probado que había iglesia de la Blanca en Burgos en los tiempos del Conde Porcelos, que ésta existía «un siglo antes de que llegasen allí los caminos más frecuentados de las peregrinaciones». No era necesario que el Sr. Montoto me presentara este texto tan moderno de Navarro Villoslada, pues precisamente sobre *Los caminos de la Francia occidental a Santiago en las diferentes épocas* versaba uno de los artículos que publiqué en los años 1938 y siguientes en el *Bulletin Hispanique* (1) y mi trabajo partía de un texto de D. Lucas de Tuy, que es quien explica *timore maurorum* las desviaciones del camino a Santiago, por lo que seguramente las afirmaciones de tal cronista son el fundamento de la doctrina de Navarro Villoslada. No encontramos ésta absolutamente ajustada a la realidad que, fundándola en esas afirmaciones de los cronistas y en todas las tradiciones, tratamos de establecer en otro trabajo nuestro (2), dibujando «un panorama de la marcha sucesiva de los peregrinos a Santiago, desde los abruptos caminos de las montañas de Guipúzcoa, Vizcaya y las Asturias de

(1) Bordeaux. Feret Fils, éditeurs, t. XL. núm. 3 de 1908 y siguientes.

(2) *La Cultura de las Peregrinaciones. Su historia, su geografía y métodos para su investigación*, por Angel de Apralz. Revista «Las Ciencias», Madrid, 1942 y, su tirada aparte de la que no quedan ejemplares, citada ya, pero con errata, en mi trabajo anterior sobre la Virgen Blanca. En esa tirada aparte se trata del asunto en las págs. 18 y 19.

Santillana y Oviedo, y por la llamada *Devia Alavae*, justificándola *timore maurorum*; para seguir, acaso desde el siglo X, la vía romana por Clunia. El primer tercio del XI, la repoblación por Sancho el Mayor de Logroño y Nájera, pone en función la conocida vía romana que comunicaba aquella región con Briviésca; pero en el curso de ese siglo los peregrinos, favorecidos por Santo Domingo de la Calzada, llevan el camino más al sur hacia Burgos, y después el camino que la *Guía del Peregrino* del siglo XII nos describe, ya absolutamente libre es el más frecuentado. Pero insistiendo yo a continuación de lo que he transcrito y en otros lugares de mi trabajo, en la doctrina que concreto en las Conclusiones del mismo, de que «tampoco se deben considerar como itinerarios únicos los que revisten mayor importancia en determinados periodos, siendo cierto que ellos y los anteriores continúan frecuentándose en todas las épocas...» Así que seguramente pasarían peregrinos a Santiago por Burgos desde el momento de su fundación y puede pensarse que entre los fines de defensa del valle del Alarzón que la determinaron, se atendería a la seguridad de los caminantes en tierra tan estratégica para aquél y otros pasos. Y testimonio de todo ello es el que nos da precisamente el P. Flórez y a que antes nos hemos referido, del matrimonio de la hija de Porcelos, llamada Sullá Bella con el caballero «que se dice vino en romería a Santiago, llamado Nuño Belchides», el cual «se unió con este nuevo lazo de parentesco con Porcelos; y viendo que los Paisanos andaban divididos por aldeas, que en su lengua Alemana se llaman *Burgos*, fundaron entre los dos (*Porcelos y Belchides*) a la Nobilísima Ciudad, que por lo dicho tomó el nombre de *Burgos*, para que juntas aquellas fuerzas en un Pueblo, se hiciesen más estables y temibles. 884». Y a continuación de esto, termina el P. Flórez en su citado *Compendio Historial*: «De Nuño Belchides y Sullá, nació Nuño Rasura y Gonzalo Bustos, padre de los siete Infantes de Lara». A través de todo lo cual y aún persistiendo yo en creer ambiente nebuloso el de esta época, pueden adivinarse verdades entre la niebla legendaria y creo que el Sr. Montoto no podrá rechazar la posibilidad de que allí hubiera peregrinos aún «un siglo antes» (y yo añadiría todavía algún tiempo más) de que como él señalaba con prudente frase «llegasen allí los caminos más frecuentados de las peregrinaciones».

Este camino frecuentado por Burgos lo he señalado yo a partir del siglo XI y en el XII. Y a este último siglo pertenece el rey Sancho II de Castilla y III de León, llamado el Deseado, cuyo matrimonio hemos señalado con Doña Blanca, hija de García Ramírez de Navarra. del cual, a la temprana muerte de aquél quedó el que había de ser Alfonso VII. E hijo también de García Ramírez fué el rey Sancho el Sabio de Navarra (1150-1194), del que he demostrado con varios da-



tos históricos era él gran devoto, como su esposa, de la Virgen Blanca, cuyo nombre dan igualmente a su hija, casada con Teobaldo de Champaña, siendo ambos también grandes protectores de los Cistercienses. A esta Orden que desde principios del siglo XII (aunque en mi primera edición del trabajo sobre la Virgen Blanca había errata de esta cifra, subsanada en la segunda) cambia las vestiduras negras de los cluniacenses por los hábitos blancos y es gran difusora de la devoción a María, pertenecían y eran procedentes del Monasterio navarro de Tulebras, las religiosas que ya en 1187, según el mismo P. Flórez (1), habitaban el Monasterio de Santa María la Real de las Huelgas en Burgos, fundación realizada por Alfonso VIII, hijo como ya hemos dicho de Sancho III y de Doña Blanca de Navarra. Pues, en el ambiente de esta época en Burgos, concurrido de peregrinos y de las Ordenes Monásticas que afirman los caminos de la peregrinación, con la influencia de la Blanca de Navarra que pasa a ser de Castilla, y entre datos verdaderamente históricos y coincidentes que en mi primer trabajo señalé de común sensibilidad por lo blanco y la pureza de María, es donde creí entonces ver la razón del culto de la Virgen Blanca en Burgos. Y sin negarme a aceptar cualquier demostración documental de una prioridad burgalesa de esta advocación, sigo pensando que esas razones y las que hoy aduzco más detalladas en dirección idéntica, concurren con el sentido estético que me hacía ver en el siglo XII y en Navarra el foco primero y principal demostrado hasta ahora auténticamente, de esa devoción y al cual el de Burgos, como el de Vitoria, los encuentro estrechamente unidos.

El Sr. Hergueta dice que en los pasados tiempos fué Nuestra Señora la Blanca la Patrona principal de Burgos; se inclina a la opinión de los cronistas que creen que su iglesia era más antigua e importante que la de San Andrés con la que estuvo unida desde mucho antes de 1403; relata cómo Juan II hizo edificar sobre el claustro de la Blanca un palacio para las Monjas de Santa Dorotea, siendo aquel rey tan aficionado al Monasterio e Iglesia de la Blanca, que allí platicó con Don Alvaro de Luna, aconsejándole un retiro, ocho días antes de que fuera preso para ser decapitado en Valladolid; en 1459 se trasladaron dichas Monjas a la Casa e iglesia de San Andrés y de ella en 1470 al barrio de San Pedro y San Felices, sufriendo poco después, con motivo de las luchas por la Beltraneja en 1470 grave quebranto la parroquia de la Blanca y despoblándose la ciudad por aquella parte; da cuenta detallada de las fundaciones y cofradías que en tal iglesia se establecieron aún después de aquellos tiempos y así la Co-

(1) Págs. 288 y 289 del citado tomo XXVII de la *España Sagrada*.

fradía de los Artilleros, aprobada por Don Francés de Alava (que he de hacer notar aquí que era vitoriano y por tanto pudiera ser documento de la devoción vitoriana a la Blanca en su época el que refiere el Sr. Hergueta), en 1582; relata las rogativas, visitas reales y otros sucesos de dicha iglesia hasta que en 1808 Santa María la Blanca y San Andrés se agregan a la de San Martín y extinguida ésta en 1809 ambas son unidas a la de San Nicolás, ocupando los franceses esas iglesias con que podían defender el Castillo y desapareciendo por este orden San Martín, Vejerrúa, San Román y la Blanca; la cual terminó de arruinarse en la voladura del Castillo en 1813 y se utilizaron algunos de sus materiales en la casa núm. 38 de la calle de Villalón, donde aún podían verse sus restos y otros en la iglesia de San Pablo de la Fuentes, a la que se agregó la parroquia de la Blanca y San Andrés en 1831.

De la imagen o imágenes de la Blanca en Burgos, declara el Sr. Hergueta que realmente «no sé cómo era la primitiva», pero le parece es la que halla pintada en la Regla de la Cofradía de las Animas de principios del siglo XVI, con una paloma en lo alto y la Virgen sentada y en actitud de dar de mamar al Niño Jesús; detalle este último, hago yo observar, que de encontrarse en la Virgen primitiva no daría naturalmente a ésta mayor antigüedad que la del final de la Edad Media. Copia el Sr. Hergueta a otro cronista de Burgos, el Padre Palacios, que en manuscrito de hacia principios del siglo XVIII describía a la Blanca, diciendo: «La Santa Imagen está en medio del altar mayor, es *cuasi del natural*, su color muy moreno, pero muy agraciado; los vestidos y alhajas para adornos son muchos, pero es cosa singular lo que personas de todo crédito aseguran y es, que lo que una vez sirve a su ornamento quede después con un suavísimo olor, como de ello hay mucha experiencia»; pero estos datos que tampoco el Sr. Hergueta considera suficientes y en que el del «color muy moreno» pudiera parecer una objeción a mi idea de la blancura o policromía de las Virgenes Blancas (aunque no faltaran tantas explicaciones posibles de ello), cree el Sr. Hergueta que se refieren a una imagen igual a la representada en un cuadro que poseen las Monjas de Santa Dorotea y que examinada por D. Luciano Huidobro, da éste como imagen de principios del siglo XVII; época en la cual cree también el Sr. Hergueta que al hacerse nuevo el altar mayor se cambió la primitiva imagen, la cual el Sr. Hergueta supone sería bizantina en relación con la época de la aparición, pero que ya hemos visto no lo sería de atenernos a la descripción citada. Y en dicho siglo XVII, según las noticias que encontramos en la monografía del Sr. Hergueta, existían ya en el altar mayor de la iglesia de la Blanca, dos imágenes de ésta: la llamada en aquéllas *de Arriba* y la otra la *Bajera*. La primera de éstas, dice el

Sr. Hergueta, que debió de cambiarse en el siglo XVIII, en que el Beneficiado Sr. Fábrega, autor de los versos a que antes aludimos y en que hablaba del título de Virgen de Rocalba, da a entender que ya no perfumaba los vestidos que la ponían; precisando el Sr. Hergueta que «es imagen propia del siglo XVIII», de «color natural, más bien blanco», y que llevada en las vicisitudes dichas del siglo XIX desde la Blanca a San Martín y San Nicolás, existía en la parroquia de San Pedro de la Fuente en el segundo altar del lado del Evangelio. Debajo de la imagen de *Arriba* se encontraba la que llamaban *Bajera*, que dice el Sr. Hergueta serviría para sacarla en procesiones o para que siempre se la diera culto cuando a la otra se la bajaba a la ciudad. Lo mismo que ocurre en Vitoria con las varias imágenes de la Blanca, de las que hoy hasta cuatro reciben pública devoción en diversos actos, aunque la más antigua coservada, de mayor significación artística y de más honda y popular devoción sea la del pórtico, por lo que lamentamos se vea substituida por la de la procesión en modernas estampas industriales. De la *Bajera* de Burgos cree verosímilmente el Sr. Hergueta en una nota y afirma luego en el texto, que cuando él escribía era la misma imagen conservada en la iglesia de San Pedro de la Fuente, sobre una palomilla en el comienzo del ábside de la nave del Evangelio, convertida en Virgen del Rosario acaso por los rosarios que ostentaba ya en inventarios antiguos y que era imagen más pequeña que la de *Arriba* y sentada, con el Niño sostenido en pierna izquierda; apuntando el Sr. Hergueta que «por el plegado de los paños y figura del calzado creo es obra del siglo XVII».

De la devoción a la Blanca en Burgos hemos aducido en nuestro anterior trabajo y también en el presente muy significativos testimonios. El Sr. Hergueta, naturalmente, aduce muchos más, de funciones, procesiones, milagros y rogativas desde el siglo XV, muy especialmente en el XVI y en el XVII, y que en el documento de 1709 relativo a una de esas rogativas se considera a la Blanca «como protectoras de las Castillas». En los tiempos últimos dice el Sr. Hergueta que agregada la parroquia de la Blanca con su iglesia ya destruida a la de San Pedro de la Fuente y llevados desde la de San Nicolás el archivo, las dos imágenes de la Blanca y demás objetos conservados, «todo ha contribuido a que languideciese el culto a esta Santa Imagen, en términos que casi ha desaparecido, a pesar de estar colocada en un altar» y de los esfuerzos del entonces ecónomo de San Pedro y de la tendencia del trabajo del Sr. Hergueta para reavivarlo.

De otra observación del Sr. Montoto, tan sabio en todo lo relativo a Santiago, me falta hacerme cargo. Es la que se refiere a mi frase de que por el camino de las peregrinaciones «llegaba el viandante a aquella de las siete puertas de la basilica de Compostela que

que llamaba de *Via sacrâ* y que fué precisamente reemplazada por la que daba acceso a Nuestra Señora la Blanca». Tomaba yo este dato y citaba la procedencia, del libro *Le Guide du Pèlerin de Saint Jacques de Compostelle* del siglo XII editado y traducido por Jeanne Vielliard (1), para el que sin duda la comentadora se inspiraba en la noticia que según dice el Sr. Montoto consignaban «escritores tan notables como Zepedano, Fernández Sánchez, Villaamil y Castro y otros que les han seguido», de «que la puerta de la capilla de la Blanca» era la «llamada de Via Sacra». El Sr. Montoto, con su gran conocimiento de aquella catedral, denuncia sin duda acertadamente tal error, que sospecha originado por otro de los mismos escritores al situar la Puerta Santa, que según ha demostrado cumplidamente nuestro ya antiguo amigo Jesús Carro sólo fué abierta en el siglo XVI, siglo en que también era tapiada la puerta de Via Sacra. Y ésta fué reconocida en 1933 en otro lado, «al derribar la sacristía de San Juan Apóstol, seis metros al Oeste de la capilla de la Blanca». De modo que aceptando la rectificación del Sr. Montoto, tendríamos que la puerta de Via Sacra estaba tan sólo seis metros al Oeste de la actual capilla de la Blanca, que también según las noticias del Sr. Montoto se funda en el siglo XIV y entonces se abre su puerta actual, la cual sabíamos que da al deambulatorio entre las de otras dos capillas: la central del ábside llamada del Salvador o del Rey de Francia, y la de más a la izquierda del que mira, que es la de San Juan Apóstol. Indiquemos que, también según el Sr. Montoto, son del siglo XI las dos ventanas que reproduce en su folleto y que comunican la capilla de la Blanca con las del Rey de Francia y de San Juan Apóstol. Pero aunque el culto de la Blanca no arraigara allí hasta la segunda mitad del siglo XIV como dice el Sr. Montoto, nosotros no hemos dicho nada opuesto a la tal afirmación de este escritor, de quien de todas suertes nos satisface la opinión general de que «los precursores de la devoción a Santa María la Blanca en Santiago de Compostela fueron, sin duda, los numerosos peregrinos santiaguistas...».

Pues como conclusiones de este artículo queremos de todo lo aquí consignado destacar la confirmación de nuestra ya antigua tesis de cómo en los caminos de las peregrinaciones encontramos unas conexiones de hechos que hemos afirmado llegan a constituir «cultura», que de aquéllas recibe su fuerza de expansión. Así, las noticias, históricas o legendarias, que hemos transcrito sobre el ambiente en que se nos aparece la fundación de Burgos. En esta llamada por él «constante», y de la que benévolamente me atribuía el maestro Eugenio D'Ors el

---

(1) Macon, Portat 1938, cap. IX.

mérito de su estudio metódico (1), creo es siempre difícil señalar el lugar preciso donde se origina un hecho y si es de allí de donde procede tal fenómeno estético (pues ese aspecto es el que en los hechos nos interesa, siendo perfectamente compatible con el de su realidad religiosa, que no entra en nuestra incumbencia definir), y si de tal lugar ha sido comunicada su vivencia a otros en que la encontramos, o bien se da en éstos o en alguno desconocido con anterioridad; pues la igualdad de circunstancias de unos y otros, la cultura común y la intercomunicación que la misma establece, imposibilitan resolver acerca de tiempos remotos estas cuestiones de origen y procedencia. Así en el ejemplo que hoy estudiamos del culto de la Virgen Blanca de Burgos. Respecto al cual los datos que podamos considerar históricos por corresponder a épocas en que la documentación es más numerosa y fidedigna, sin contradecir el que el culto mariano se asentara en Burgos desde tiempos anteriores, explican que la advocación de Virgen Blanca, dudosa en esos tiempos, pudiera venir de Navarra, situada en el mismo camino de la gran peregrinación, con enlaces de sus princesas Blancas en Castilla y envío de sus monjas blancas a la gran fundación burgalesa, todo ello en el siglo XII, en el que hemos encontrado en Navarra el foco más vivo y dilatado de tal devoción, sin perjuicio de que reconociéramos sus orígenes en otra parte si ello se nos apareciera mejor demostrado.

Que el origen de esa advocación de la Virgen Blanca no está en el milagro de las Nieves es otra proposición que he sostenido con muchos argumentos y que se corrobora, a pesar de otras tendencias vitorianas revestidas de simpático aspecto, con todos los datos de las publicaciones de los señores Hergueta y Montoto, en las cuales para nada se confunde a las Virgenes Blancas de Burgos y Santiago con las de las Nieves, y cuando alguna vez aparece esta última es como una advocación diferente.

Mi explicación sobre el origen popular de la devoción de la Virgen Blanca se funda en la blancura de ciertas imágenes, que he documentado igualmente desde el siglo XII y que se corresponde también con la afición a lo blanco que desde entonces y en todo el final de la Edad Media se asocia con la mayor ternura del culto de María, cuya pureza se simboliza en la blancura virginal. Y este fenómeno —religioso y estético, porque ¿quién rechaza ni por qué se ha de rechazar, el aspecto estético de lo religioso?— lo hemos visto renovado en nuestros días, en que tras la devoción a la Virgen de Lourdes,

(1) *Novísimo Glasario. Peregrinaciones en «Arriba»* de 14 de abril de 1946, a propósito de mi estudio *La leyenda de Eneas y los Santuarios de Ajrodita* en este «Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología», tomo XI. Valladolid, 1945.

que anotábamos cómo ha sido llamada «Vierge Blanche de Massabieille», hemos podido sentir la emoción popular ante el desfile de la Virgen de Fátima, cuyo gesto de humilde recogimiento se ostenta en una blancura resplandeciente. Acaso análogo resplandor, producido por la iluminación del carro que conduce a la Virgen Blanca en su procesión de Vitoria, es una causa de la popularidad que antes indicamos que esa imagen va adquiriendo. Y celebrándola, desearíamos también que no amengüe el esplendor tradicional de la Blanca del pórtico vitoriano, en la que quizá convendría una restauración de su policromía, discreta e inteligente.

ANGEL DE ARAIZ.

#### NOTA SOBRE EL SIGUIENTE GRABADO QUE ILUSTRA ESTE ARTICULO

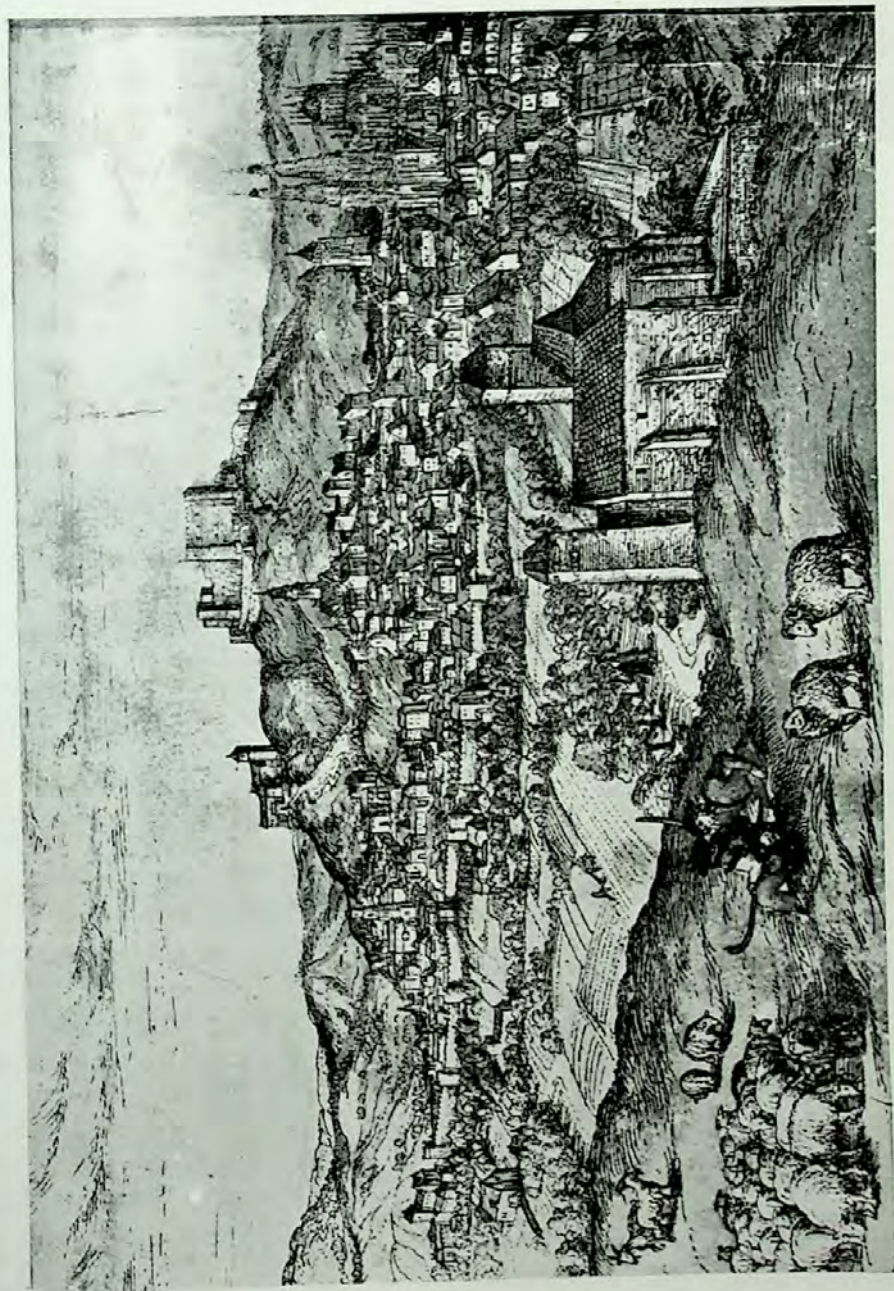
La adjunta vista de una parte de la ciudad de Burgos en el siglo XVI, es la mitad izquierda de la lámina más alta de las que llevan el número seis en la obra *Civitates Orbis Terrarum, Liber Primus*, por Georgius Braum y Franciscus Hogenbergius. Con privilegio de Ratisbona, 1576, Coloniae Agrippinae, apud Godefridum Kempensem, MDXCIII.

La vista completa de Burgos, según dicha lámina, fué publicada en mucho menor tamaño, y en otro fotograbado una parte del centro de aquélla en tamaño del original (que viene a ser el de la que hoy publicamos), como ilustración del artículo «El retablo del Museo de Valladolid», por María Jesús Ocampo Abad, en este BOLETÍN DEL SEMINARIO DE ESTUDIOS DE ARTE Y ARQUEOLOGÍA, Curso de 1935-36, 1.er trimestre, Fascículo X, que forma parte del tomo IV.

La reproducción de hoy la hacemos para dar la 'cuenta posible de la situación y forma de la iglesia de la Blanca y de las demás aludidas en el presente trabajo, también algunas de ellas ya destruidas, interpretando la exactitud, que parece un tanto libre, del grabado (por lo que algunas de las identificaciones han de ser opinables), mediante consulta que he hecho a buenos conocedores del Burgos actual y especialmente al sabio cultivador de su historia D. Ismael García Rámila. Resulta así indudable que la iglesia de la Blanca es la figurada en lo alto y a la izquierda del Castillo; la de San Román quizá sea la que está debajo de éste; a la izquierda de la de San Román y debajo de la de la Blanca deben representarse las de San An-

drés y San Martín; y la que está más a la izquierda y más abajo debe de ser la de San Pedro de la Fuente. Las Huelgas, a que en el libro de que tomamos el grabado se da una importancia que hace pensar en que no podía omitirse su figuración, debe de ser el edificio representado en el extremo de la izquierda y cerca de la muralla, constreñido el dibujante por esos apremios, pues en realidad parece que dicho edificio debía estar más alejado. A la derecha del Castillo, entre él y las torres de la Catedral, la otra torre que se dibuja parece que es indudablemente de San Esteban. Y más en el primer término del grabado, en su extremo de la derecha, me señala el Sr. García Rámila Santa Dorotea, y como más inmediata a nosotros la antiquísima parroquia de San Pedro y San Felices, aún hoy día existente.

A. DE A.



Vista de una parte de la ciudad de Burgos en el siglo XV, para ilustración del precedente artículo.